

FAMILIA DE PACIENTE ASESINADA EN EL SAN JUAN DE DIOS CONVIVE CON EL DOLOR

UNA LLAMADA SE LLEVÓ LA FELICIDAD



Pasar cerca del hospital los entristece

Joselyn y su papá, don Martín, se han apoyado mucho durante este tiempo. MELISSA FERNÁNDEZ

✦ SILVIA COTO
silvia.coto@lareja.co.cr

Joselyn Vargas Arias no puede sacar de su mente la llamada que recibió hace casi un año.

El martes 7 de agosto del 2012 una vecina de apellido Barrantes que había sido auxiliar de enfermería telefonó para avisarle a la familia de la muerte de doña Lilliam Arias.

"Mamita estaba muy enferma de diabetes, tenía el corazón grande y los riñones no le funcionaban bien. El 5 de agosto tuvimos que internarla en el San Juan de Dios. Era riesgoso hacerle un trasplante, estaba en Emergencias, pero tuvo una gran mejoría y el doctor nos dijo que la pasarían a salón. Nosotros estábamos muy esperanzados", recuerda Joselyn.

Efectivamente, dos días después a doña "Lilli" la llevaron a un salón y la mañana del 7 de agosto la familia batallaba por un permiso especial para entrar a verla, pero Barrantes se les adelantó.

"La gente decía que era amiga de mamá, pero nada que ver, tenían una relación de vecinas. A nosotros nos divide una tapia en el pa-

tio, ella a veces pasaba a preguntar por mamá, pero mi papá y yo éramos los que atendíamos a mamita porque habíamos hecho un curso", dice Joselyn.

Nadie sospechó. Ha pasado un año desde aquel día, pero los recuerdos están frescos.

Según dice Joselyn, el 7 de agosto la mujer de apellido Barrantes los llamó varias veces para averiguar dónde encontraba a doña Lilliam pues quería verla. Ellos no sospecharon nada. Pocos sabían que Barrantes se había pensionado por un asunto de psiquiatría.

Poco después sonó el teléfono y lo contestó don Martín Vargas, esposo de doña Lilliam.

"Ella (Barrantes) me avisó que mi esposa acababa de morir, que ellas estaban juntas. No lo podía creer, del hospital nunca nos llamaron para darnos la noticia", dice.

"Fue algo tan despiadado, tan doloroso, no tenía ningún derecho, le inyectó a mi esposa cloruro de potasio, no pensé en el daño que nos hacía y en el dolor que nos causó", agregó don Martín.

La familia a veces se topa en el barrio con el esposo de Barrantes y

nunca le niegan los "buenos días". La mujer descuenta prisión preventiva como sospechosa.

"Él (esposo de Barrantes) no tiene la culpa, ni las tres hijas, pero esperábamos que en algún momento se nos acercaran y nos dijeran algo solidario, pero se va cumplir un año y nada", lamenta don Martín.

Para la familia de doña Lilliam nada ha sido fácil, pues ella vivía pendiente de todos.

"Era común verla haciendo manualidades en la mesa del comedor. Para nosotros todo cambió. Cuando ella murió faltaba una semana para el Día de la Madre y el 21 de agosto cumplía 56 años. Tenemos momentos felices, pero ya no son iguales, vivimos con un vacío que nada llena", dice Joselyn.

Lejos del hospi. Ni don Martín, ni sus dos hijas soportan pasar frente al San Juan de Dios:

Aseguran que hacerlo les baja el ánimo, los deprime.

"Cuando mi mamá murió tenía muchas medicinas en la casa y los equipos de diálisis. Todas esas medicinas son carísimas y decidimos devolverlas. Fue terrible, no pudi-



La sospechosa fue detenida el 7 de agosto del año pasado. U

La víctima



LILLIAM ARIAS PRENDAS
56 años, vecina de Calle Fallas, ama de casa y mamá.

pital", piensa don Martín.

La familia no puede sacar de sus pensamientos a doña "Lilli". Aunque nunca recibieron atención psicológica para enfrentar el hecho si se han visto en la necesidad de tomar pastillas para dormir.

Aunque nada se las devolverá, esperan que se haga justicia. El juicio sería antes de diciembre. La familia de doña Lilliam demandó a Barrantes y a la Caja por \$500 millones por los daños físicos, psicológicos y emocionales causados.

El miércoles 7 de agosto, en el salón comunal de la urbanización Los Contadores, en calle Fallas, se realizará un rezo y una acción de gracias, a las 6 de la tarde, para doña Lilliam, quien fue una madre amorosa y una gran vecina.

mos aguantar las ganas de llorar, las enfermeras y los nefrólogos nos consolaron", contó la joven.

El aparato de diálisis de inmediato se lo dieron a otro paciente e incluso ese hecho afectó a los parientes de doña Lilliam.

"Sentí como si en ese equipo se iba una parte de mi esposa, fue horrible, desde ese día le pedimos a Dios que no enfermemos, que nos dé salud para no tener que ir al hos-



Martín extraña a quien fue su compañera durante 38 años. MELISSA FERNÁNDEZ